

CAPITULO III.

EL PIAMONTE.

I.

El Lago Mayor.—Un domingo en las *Islas Borromeas.*—La familia de San Carlos.—Milicia nacional.—La cuestion de Italia.—Novara y Magenta.—Llegada á Turin.

Apenas la blanca aurora habia dado lugar á que el luciente Febo, con el ardor de sus calientes rayos, las líquidas perlas de sus cabellos de oro enjugase, Mr. Iriarte sacó la cabeza de entre el sudario nocturno que llamamos sábanas, y esclamó solemnemente desde su alcoba:

—Buenos días.

—Dios te los de muy buenos, respondió mi humanidad compareciendo de pronto en este mundo, ó sea despertando repentinamente.

—¿No sabes qué hora es? siguió gritando mi amigo.

—Serán las cinco sobre poco mas ó menos...

—No deben de sér sino las seis, señor perezoso. Por las hendijas del balcon se filtra la luz del día.

En efecto: algunas hebras de oro ó agujas de fuego penetraban en el salon que separaba nuestras dos alcobas.

Una campana tocaba á misa allá muy lejos, pero su son se dilataba puro y melodioso sobre la vibrante superficie del lago, llegando á nuestros oidos como una nota musical. El canto de los pájaros y los gritos de los hombres se esparcian limpios y sonoros por una atmósfera tensa, plácida, tranquila... Todo nos indicaba que habia amanecido un día delicioso.

Nuestro diálogo continuó de esta manera.

—¿Carlos?

—¿Qué?

—Estamos en el Piamonte...

—Muy mal dicho. Estamos en Italia.

—¡Quiéralo Dios!

—Ya lo veremos.—Y á propósito: creo que debemos levantarnos.



Vista de Turin.

- Hagamos antes un poquito programa.
 —Eso es lo primero.
 —Pues orientémonos. ¿Tú sabes lo que hay debajo de nuestros balcones?

—Me lo figuro, porque hace media hora que estoy oyendo el ruido de los remos en el agua.

—Perfectamente.—¿Tú sabes lo que hay un poco mas allá?

—Mas allá... deben verse las *Islas Borromeas*, brotando de en medio del lago como graciosas macetas de flores...

—Justo y cabal. ¿Y tú sabes que en *Isola Bella*, la mayor de las cuatro islas, hay un hotel en que se almuerza perfectamente?

—Sé mas que eso.—Sé que nosotros vamos á almorzar en ese hotel.

—¿Y sabes que hoy es domingo?

—Eso no lo sabia; pero me alegro de saberlo; pues si no mienten nuestros itinerarios, todos los domingos recorren varios vaporcitos el Lago Mayor, llevando de orilla á orilla, y de un pueblo á otro pueblo, y de una isla á otra isla, una infinidad de gentes de Turin y de Milan, que llegan en ferro-carril á estas márgenes encantadas.

—De manera que nosotros podemos vestirnos, cargar con nuestro equipaje, meternos en un bote á la puerta misma de este hotel, visitar las islas, oír misa en cualquiera de ellas, almorzar donde hemos dicho, acechar el paso del vapor, unirnos á una caravana que vaya de vuelta á Turin, tomar el camino de hierro en Arona, y llegar esta noche á la capital de Cerdeña...

—Sí que podemos. Y á fin de demostrárselo á nuestros enemigos, vamos á levantarnos.

—Te comunicaré antes una cosa.

—Soy todo orejas.

—Estamos en un país excomulgado.

—Lo sabia.

—Pues no se te conoce...—Yo estoy nervioso desde que me he acordado de ello.

—¿Y cuándo te has acordado?

—Cuando me dijiste que no estábamos en el Piamonte, sino en Italia. Yo bien sabia que el Piamonte era Italia; pero tú has querido darme á entender que Italia es el Piamonte.

—Italia es Italia.—No hablemos de política: lo hemos convenido.

—Pero yo estoy nervioso sin poderlo remediar. Tú no sabes dónde nos hemos metido. Estos piamonteses son el demonio. Ellos empiezan por estar excomulgados, como te acabo de decir. Ellos se encuentran metidos en dos guerras; la una contra un rey amigo; la otra contra el Santo Padre... Ellos han armado la milicia nacional... ¡Figúrate qué baraunda vamos á encontrar por todas partes; cuántos peligros, cuántos contratiempos!... ¡Digo! ¡Y yo, que soy español! Porque has de saber que en esta tierra, *español* es sinónimo de reaccionario, de borbónico, de *antonellista*, de napolitano, de inquisidor...

—Segun eso, ¿no quieres levantarte?...

—No me atrevo.

—Pues yo sí; y en prueba de ello...

—En prueba de ello...

—¡Aquí me tienes vestido y en marcha!

—No mas vestido ni mas en marcha que yo, respondí apareciendo en el salon al mismo tiempo que mi amigo.

Los dos habíamos tenido la idea de engañarnos, vistiéndonos con disimulo.

Abrimos, pues, el balcon,—que por cierto daba al Oriente.

Un mar de sol inundó la sala y nos dejó ciegos por un instante.

El lago, que empezaba debajo del mismo balcon, relucia como un espejo, ó mas bien como una llama... El sol se levantaba frente á frente de nosotros, radiante, alborozado, risueño, empezando su carrera por un cielo limpio de nieblas y de nubes.

Cuando mis ojos pudieron ya resistir tan vivos resplandores, quedéme estático ante la peregrina hermosura de un panorama sin rival.

Yo no intentaré describíroslo.—Esto seria imposible.

Mejor es que os asomeis conmigo al balcon del hotel, y disfrutemos juntos de tanta maravilla.

Mirad.—El lago se dilata de Norte á Sur en una estension de quince leguas; pero desde la orilla en que estamos hasta la de enfrente, solo habrá dos leguas escasas.

Esta es su mayor anchura.

Las aguas inmóviles parecen una tersa lámina de plata bruñida. En medio de ellas se levantan cuatro pequeñas y graciosas islas, amorosamente agrupadas, cuyos palacios y jardines se reflejan y copian con admirable minuciosidad en el diáfano elemento.

Son las *Islas Borromeas*.

Diríase que son cuatro mágicas naves, en que una reina voluptuosa, (una Cleopatra, una Semíramis ó una Faustina,) ha reunido todas las delicias de la tierra.

Mas allá se estiende la márgen oriental del lago, determinada por suaves colinas verdes, coronadas de árboles y de quintas, á cuyo pié se recuestan algunas blancas ciudades, que brillan al sol como si fueran de alabastro, y que se miran tambien en las cristalinas ondas, repitiéndose y como bañándose en ellas...

¡Es la *Lombardía*!

¡Salud á esa márgen y á esos pueblos!—Ayer pertenecian al Austria: ayer amenazaban desde allí al Piamonte los cañones del extranjero: ayer salian de aquella orilla los vapores austriacos y paseaban su aborrecido pabellon por delante de la ribera sarda. Ayer piamonteses y lombardos tendíanse los brazos desde una costa á la otra; estos pidiendo auxilio; aquellos ofreciéndoselo; los primeros lamentando su horrible esclavitud; los segundos jurando vengar el desastre de Novara...—Hoy las ciudades hermanas que se miran frente á frente desde las dos orillas del *Lago Mayor*, viven en paz, libres y contentas, bajo la bandera tricolor de la madre Italia...—¡Salud, salud á esos pueblos!

Al mediodía de la formidable plaza de *Laveno* (en que hace poco mas de un

año estrelláronse el valor y la fortuna de Garibaldi, y que solo se rindió despues de la batalla de *Magenta*), descúbrese un vasto horizonte sobre una tierra lisa, verde, estensísima.

Son las llanuras famosas de la Lombardía, en medio de las cuales se asienta Milan.—Sus campos son los mas ricos, los mas bellos y acaso tambien los mas ensangretados de toda Europa.

Hacia el Norte, el paisaje es muy diferente. El lago penetra por entre altos y abruptos montes, que proyectan su sombra sobre las aguas, dándolas un tinte verde y misterioso.—Los barcos que suben en aquella direccion y que desaparecen en el interior de la montaña, se dirigen á Suiza, á la cual pertenece la parte septentrional del lago.

A nuestra izquierda se estiende un ancho golfo, al través del cual divisamos á *Pallanza*, pintoresca ciudad del Piamonte; mientras que por el otro lado descubrimos á *Stresa* con su magnifico palacio y deliciosas villas.

Por todas partes, en fin, véense caseríos, alcázares ó aldeas, cuya reproduccion en el cristal del lago hace soñar con los palacios submarinos de las nereidas; pues no parece sino que debajo del nivel de las aguas hay otro mundo, con sus montes, su cielo, sus árboles, sus casas, sus iglesias y hasta sus aves que cruzan en todas direcciones.

¡Y qué intensa luz, qué gozoso ambiente, qué dulce calor, qué acordes ruidos inundan la comarca!

Parece imposible que despues de haber estudiado á nuestro paso por Francia todos los portentos sociales, y de haber contemplado en Saboya y en Suiza todo el poder, toda la magestad de la naturaleza, aun encontremos aquí maravillas que admirar!

Y es que hemos llegado á la patria del arte: es que en el sublime cuadro que ahora tenemos ante la vista, combinanse las tres hermosuras, los tres atractivos que mas seducen al viajero: es que aquí se goza á un mismo tiempo de la vida social, con todas sus comodidades, encantos y placeres, del espectáculo de una espléndida y grandiosa naturaleza, y de los prodigios del arte,—que deja ya sentir su influjo en los menores accidentes, armonizando, como diria un preceptista, lo útil y lo agradable.

Pero, mientras nosotros hacemos estas reflexiones, se ha reunido debajo del balcon toda una escuadra de botes, gobernados por gallardos mancebos y hasta por hermosos niños, vestidos con una sencillez que no carece de gracia;—descubierta la frente, descalzos de pié y pierna, con los largos cabellos flotando sobre los hombros, el pecho desnudo y los brazos al aire, estendidos hácia nosotros.

—Señor... Señor... Tome mi barca... ¡Vamos á las *Islas Borromeas*! esclamaban todos los patrones á un tiempo.

—Vamos á las *Islas Borromeas*, repetimos nosotros.

Y cogiendo nuestro equipaje, abandonamos el hotel; á cuya misma puerta nos embarcamos en un bote.

El barquero, que tendria quince años, empuñó los remos, permaneciendo de

pié; y la tajante quilla empezó á romper el unido y terso cristal de aquel apacible estanque...

El movimiento era tan leve, que durante la travesía Iriarte iba dibujando las líneas generales del paisaje, y yo escribiendo todas estas cosas en mi cartera...

Nos dirigíamos á *Isola Madre*, la mayor del encantado archipiélago, y que sin embargo no tendrá un kilómetro de circunferencia.

Un cuarto de hora despues, atracábamos al pié de una ancha escalera tallada en la roca viva, cuyas gradas conducian á una puerta del *Renacimiento*, sobre la cual se veía un escudo de armas.

Eran las armas del propietario de la isla; del conde Borromeo, descendiente por línea recta del mismísimo *San Carlos*, cardenal arzobispo de Milan, muerto en 1584 y beatificado en 1610.

Saltamos, pues, del bote á la escalinata, y llamamos á aquella puerta.

Un jardinero vino á abrirnos.

El era el único habitante de aquella mansion de delicias.

A las pocas preguntas que hicimos á aquel jardinero, nos persuadimos de que era tonto; pero tonto imbécil, como los del *Valais*,— salvo el padecimiento físico.

—¡Dichosa comarca!... ¡Verdadero paraíso! ¡Refugio de la paz y de la inocencia! exclamé yo entonces, quitándome el sombrero y apostrofando á aquella tierra. ¡El único habitante de la *Isla Afortunada*, de la *Isla de Jauja*, es un idiota, es un hombre feliz, es un hombre de bien! ¡Ave! ¡Salve! Yo te saludo con el respeto que hubiera saludado el Eden, antes de que Adán contrajera matrimonio.

Y era la verdad. Aquel bienaventurado jardinero, único morador de todo un mundo en miniatura, y de un mundo tan bello y delicioso, me recordaba á nuestro primer padre,—el cual tampoco debió de ser muy avisado.

Entramos en la isla.

Yo la habia dado en broma el nombre de *paraíso*; pero es lo cierto que ningun otro la cuadraba mejor.

Primero nos hallamos en un bosque de laureles, por en medio del cual serpenteaba una arrecifada cuesta.

Este bosque era tan espeso, que por ninguna parte se descubria la bóveda celeste.

Millares de ruiseñores ocultos en las sombras del perfumado ramaje, prestaban voces de amor al alto silencio de aquella soledad dichosa.

Habia en todo esto un encanto, un misterio, una poesia, que recordaba el templo de la inmortalidad imaginado por los vates de la Grecia, la sagrada mansion de Apolo, el *Parnaso* pintado por Rafael Urbino.—Los ruiseñores, cantando en los laureles, parecíanme poetas inmortales, reunidos en Delphos en torno del hijo de Latona; ó bien creía haber desembarcado en la isla de Delos, y halládola, no tal como hoy se encuentra, deshabitada y pobre, sino tan rica y

bella como debió de ser en otro tiempo, cuando la respetaban las devastadoras haces de Gerges y Dario y la rendian homenaje los atenienses.

Terminada la cuesta, y fuera ya de la sacra mansion de los cantores, *Isola Madre* se nos presentó bajo otro aspecto no menos delicioso.

Los altos cedros, los naranjos cargados de fruto y los pomposos aloes sustituyeron á los laureles. Las palomas reemplazaron á los ruiseñores. El cielo se veía por los claros de las ramas, y la luz del sol lograba penetrar hasta los prados de flores que se estendian en rededor de los troncos seculares.

Si el bosque de laureles me habia recordado el templo de la gloria, el bosque de naranjos y limoneros me recordó el templo del amor.

Las palomas se arrullaban y besaban volando de árbol en árbol. Los faisanes y los pavos reales se perseguían dando vueltas en torno de las camas de jazmines, luciendo, con la ufanía propia de enamorados correspondidos, las galas de su espléndido plumaje. El aroma del azahar prestaba al ambiente una plácida dulzura que penetraba hasta mi corazón... La inmovilidad de las hojas, el sosiego y soledad del vergel y hasta la ineficiente condicion del guardian de tantas maravillas, daban un aire monumental, eterno, *apoteótico* á aquella artificial naturaleza.

Yo pensaba en la *Isla Afortunada* donde Reinaldo vivió preso entre los brazos de Armida, y en la isla de Chipre, consagrada á Venus, y en el paraíso de Mahoma, y en los jardines fantásticos de los cuentos persas, y en Circe y en el esposo de Penelope.

En medio de *Isola Madre* álzase un vasto palacio, medio ruinoso, deshabitado y sin muebles, donde solo viven los ecos de antiguas fiestas y los suspiros de pasados amores.

El actual conde Borromeo habita en *Isola Bella*.

En poco mas de un cuarto de hora dimos la vuelta á toda la isla y llegamos á la puerta por donde habíamos entrado.

Saltamos al bote y pusimos el rumbo á *Isola Bella*.

Durante la travesía, el barquero nos fue dando todas las noticias que necesitábamos acerca del Archipiélago Borromeo. Aquel rapaz sabia de memoria toda una *Guía del viajero en Italia*.

—De estas cuatro islas, nos decia en verdadero italiano; las dos mayores, ó sean *Isola Madre* ó *Isola Bella*, pertenecen al conde Borromeo, el cual viene á ellas los otoños con su familia y muchos convidados, que bailan y se divierten hasta mas no poder, y unas veces pasan las noches damas y galanes persiguiéndose por el lago en ligeras canoas; otras iluminan los jardines; ya queman arbolillos de pólvora; ya dan conciertos que se oyen desde todas las riberas y no nos dejan dormir. Anoche, sin ir mas lejos, hubo una de estas funciones, y yo he estado hasta la madrugada tendido en mi barca, pegada como una sombra á las peñas de la isla, oyendo cantar á las hijas del señor conde, á las cuales conozco ya en la voz; y en verdad les digo á ustedes, que aquello valia la pena de ser oido por alguien que no fuese un pobre pescador como yo soy.

¿Conoceis las novelas de Jorge Sand?—Ahora soy yo quien habla, y me dirijo á vosotros, lectores míos.—¿Conoceis á *Consuelo*, á *Lelia*, *Los dos amores*... sobre todo *Los dos amores*? ¿No es verdad que al oír á este barquero de quince años, bello como un Apolo y medio desnudo como él, hablar de música y de condesas con tan fogoso entusiasmo, en el seno de una naturaleza tan ardiente y esplendorosa, cree uno ver realizarse las mas apasionadas imaginaciones de aquella ilustre poetisa?

¡Oh! ¡Jorge Sand!

El, ó sea *ella*, vivió mucho tiempo en las orillas de este lago, y colocó allí la acción de muchas obras suyas. Ella, ó sea *él*, mas que ningun otro escritor, hizo adivinar á mi alma de niño la inmortal hermosura de la Italia. ¡Oh, Jorge Sand!—¡Lord Byron con faldas!...—¡Qué lástima de que este poeta fuera mujer, ó de que esta mujer fuera poetisa, ó de que esta poetisa no hubiera sabido morir á tiempo, antes de que la edad ajase su hermosura y la obligase á vestirse de nuevo por la cabeza!—Yo he sido fanático admirador de Jorge Sand, como del alma mejor templada, como de la vida mas poética, como de la organización mas esquisita, como de la historia mas romántica, como de la hermosura mas cabal, como de la musa mas elocuente y verdaderamente clásica, como del ser mas libre, mas gracioso y mas apasionado de nuestros tiempos...—Pero yo lamentaré siempre el haber llegado á saber que Jorge Sand es hoy una respetable anciana de cincuenta y siete años, que vive en prosa y con guardapiés en el fondo de un pueblo de provincia.

¡Con qué razón dijo nuestro insigne Quintana:

¡Muera mas bien que envejecer la hermosa!

Pero escuchemos al pescador.

—*Isola Bella* é *Isola Madre* eran hace doscientos años dos áridas rocas completamente despobladas. En 1670, el conde Vitalio Borromeo las cubrió de tierra y construyó el palacio de *Isola Bella* y los jardines de una y otra isla. Desde este tiempo, todos los condes se han afanado por hermosearlas, trayendo á ellas plantas y flores de lejanos países y estatuas y cuadros de sus palacios de Turin y de Milan.—Aquella otra isla que ven ustedes cubierta de casas, se llama *Isola dei Pescatori*, por ser propiedad de los pescadores del lago, y constituye un pueblo con su iglesia, sus autoridades y todo lo demás que hay en los pueblos, menos un palmo de terreno en que plantar un árbol. En *l'Isola dei Pescatori* no crecen otras plantas que las que cada uno cuida en las macetas de su terrado. Las casas nos dejan apenas lugar para tender las redes al sol á fin de que se sequen.—En fin, aquella otra isla, llamada de *San Giovanni* (San Juan), que ve usted allá lejos, en frente de *Pallanza*, es tan pequeña que bastan á llenarla una capilla, una casa y un jardín. Toda ella ha pertenecido hasta ahora á los canónigos de *Pallanza*; pero hace pocos meses la ha comprado el conde Borromeo.—(En el lugar por donde vamos vogando en este instante tendrá el lago setecientos

piés de profundidad.)—Los condes Borromeo descienden del mejor santo que ha habido sobre la tierra.—Ya verán ustedes esta tarde su estatua colosal, cerca de Arona.—Este santo existió hace tres siglos, y era sobrino del Papa. El fue el inventor del *Catecismo* que aprendemos en la escuela, y estuvo en el Concilio de Trento, donde trabajó como nadie contra los herejes enemigos de la *Madonna* (la Virgen María). En premio de esto, la *Madonna* le libró del puñal de unos frailes muy malos que trataron de asesinarle solo porque se empeñó en meterlos por vereda y corregirlos de las malas mañas que habían adquirido. Cuando la peste de Milan, llevaba los enfermos acuestas... ¡y eso que era arzobispo!... y pasaba la noche á la cabecera de los enfermos pobres, de los pescadores como yo, sin temer el contagio ni la incomodidad de las viviendas humildes. En fin, despues que murió, que fue á los cuarenta y seis años, Dios concedió á su sepulcro la virtud milagrosa de curar enfermedades mortales, por lo cual se vino en conocimiento de que aquel hombre tan bueno era un santo, y Pablo V, pontífice muy célebre, le canonizó tal como hoy se halla...—Yo me llamo Carlos, para servir á los señores.

Esta relación (que apenas discrepará en un ápice de la del barquero) me ha parecido digna de figurar íntegramente en mi relato; pues sobre contener noticias muy ciertas, que me escusan de dárselas por mí mismo, respira tanta gracia, tanta inocencia y tanta bondad, que me hizo breve y fugitiva la navegación de una isla á otra, como á vosotros os habrá hecho llevadera y agradable la mucha erudición que os ha proporcionado.

En esto pasamos cerca de una nueva isla, tan raquítica y diminuta, que ni figura en los mapas ni en las guías, ni en los diccionarios.—El mismo barquero la había juzgado indigna de mención, creyendo sin duda que nosotros no repararíamos en ella.

Aquella isla, que parece una hija recién nacida de las *Borromeas*, tendrá cincuenta pasos de circunferencia y apenas sobresale un pié del nivel del lago.—En ella crecen dos sauces y medio, estremadamente endebles y muy pálicos.

Cuando nosotros cruzamos á su vista, habitábala, al modo de Robinson, un barquerillo de diez ó doce años, que había amarrado su ligera barca á uno de los sauces, y tomaba el sol, tendido boca arriba sobre la arena, fumando y cantando alternativamente.

Los sauces, la isla, la barca y el muchacho formaban un cuadro tan gracioso, tan sencillo, tan artísticamente dibujado sobre el fondo brillante de las aguas, y por añadidura tan pequeño, que todo ello junto parecía un juguete modelado en barro para servir de *palillero* en una mesa.

Réstame decir que la tal islilla suele dar sus capuzones en el agua y quedar sumergida durante meses enteros; pues la superficie del Lago Mayor sube algunos años, en la época de las grandes lluvias, hasta tres metros y medio sobre su nivel habitual.—De aquí que los sauces sean tan débiles y enfermizos.—Los baños largos debilitan mucho.